

Suerte los puños

*...como si alguien, alguna vez,
saciara algún deseo.*
Ana María Shua

Ahora yacen allí, atados y amordazados sobre las sábanas, todavía estiradas y relucientes porque les faltó tiempo para arrugarlas, abrumados por sus pensamientos, sin poder expulsarlos, rumiando su desasosiego en un silencio que se ha hecho más ostensible desde que uno de los hombres dejó el televisor sin habla, retumbando, el silencio y lo que piensan, en las cavidades de sus cuerpos sudorosos.

—¿Estás seguro, Juancito?, ¿no vas a ir?, ¿no querés verme? Al Zurdo, Juancito, al Zurdo. ¿Me vas a fallar? Antes ibas siempre, no importaba contra quien peleara. ¿Te acordás, Juancito? Y esta es decisiva, ya me lo dijeron, si hoy saco a este porteño antes del quinto, y mirá que lo saco en el segundo, lo tengo visto al porteño y lo saco en el segundo, estate tranquilo que va a ser así, estoy preparado como nunca, si lo saco antes del quinto, a los Estados Unidos, a la USA, Juancito, a la USA. ¿Y todavía no querés verme?, ¿ni con este dato querés verme? Es una primicia, Juancito, sólo a vos te lo digo, no se lo digas a nadie porque capaz que el promotor se enoja y ¡cagamos! Ni en los diarios salió. Pero es seguro, este tipo no me miente, es Gardel. Es un decir, che, es macanudo el tipo. Y después por el título, el mundial, claro. ¿Estás seguro, Juancito? Andá, te mando las entradas. Estoy como nunca. Hasta el título no paro. No me falles. Yo nunca te fallé, ¿te acordás? No me digas que te olvidaste, no pasaron tantos años. Desde aquel día que nos agarramos, vos y yo, qué de trompadas que nos dimos, cómo nos fajamos. ¿Te vas acordando? Y después éramos inseparables. Ahí van el Zurdo y Juancito, decían en la escuela del barrio. ¡Y con qué respeto, che! Si todavía se me eriza la piel. Las trompadas dolieron, Juancito,

pero nos hermanaron, cómo nos dimos, pero viste que no tratamos de ventajearnos, ¿te acordás?, camorroneros pero leales. ¿Y me vas a fallar ahora? Yo nunca te fallé. Nunca. ¡Las veces que estuve cuando me necesitaste! ¿Querés que te las recuerde? ¡Qué tiempos, Juancito, qué tiempos! ¿Te acordás de los mellizos Camejo? Eran bravos, no te los podías sacar de encima. ¿Qué hubieras hecho vos solo contra los dos? No es por echártelo en cara, ¿sabés?, yo sé que vos antes me ibas a ver pero ahora no vas más. Te mando las entradas. Para vos y para aquella, tu novia, ¿cómo se llamaba?, viste que nunca tuve mucha memoria. Y bueno, vos sí y la aprovechaste, guapo pero además inteligente, fuiste mi modelo, Juancito, pero no te pude seguir. Suerte los puños, si no, ¿qué mierda hubiera hecho? ¿Qué mierda, Juancito?

Apenas un momento antes, los cuerpos desnudos, lustrosos de sudor, se buscaron frenéticos para el goce, ansiosos desearon penetrarse, fusionarse, ser una misma carne, pero ahora, no soportando estar irremediablemente juntos, pegados por esa humedad viscosa de angustia y de deseo —que ya languidece impotente— y por las cuerdas ennegrecidas y desgastadas pero todavía resistentes, usadas para quién sabe qué menesteres, procuran separarse.

—No jodas, Zurdo, no te quejes. Si te dedicaste al boxeo fue porque siempre te gustó y tenías condiciones para eso, más condiciones que yo, que solamente fui un peleador. Seguiste boxeando porque te fue bien, no por falta de inteligencia. ¿Pensás que no me gustaría estar en tu lugar, aclamado por el público, mimado por la prensa, apareciendo casi todos los días en los me-

dios, tu foto en primera plana, reportajes? Siempre sos noticia, Zurdo. Y las minas siempre te están rodeando, siempre, desde pen-dejo, no sólo ahora por el éxito, porque llegaste muy arriba, pero ahora más. Te envidio, Zurdo, no vos a mí. Y claro que me acuerdo, cómo me voy a olvidar, yo sé que nunca me fallaste. Pero mirá que yo a vos tampoco. Siempre juntos, como Sancho y el Quijote. No había quién nos enfrentara, no. ¡Vaya que nos respetaban!, y eso que el barrio era bravo, no era fácil vivir cerca de aquellos cantegriles. Sí, yo estudié, pero no me quedaba otra, sin tus condiciones, ¿cómo iba a salir? Ahora estamos los dos afuera, encauzados, dedicados a algo que nos satisface y con lo cual podemos mantenernos. No me malentiendas, Zurdo, sabés que me encantaría ir, verte triunfar, no ganar, triunfar, como aquella vez cuando vapuleaste al yanqui que te trajeron para cortarte la carrera. Sabés que estoy contigo, que te voy a ver por televisión, pero aquella, Mary, no quiere ir y no la puedo dejar. Me mataría. No quiero ver sangre, me dice. Y no entiende cómo a mí me puede gustar, se enoja si hablamos de eso. Sabés cómo es, después no me habla por una semana. Mejor así, no voy pero en compensación no se opone a que te vea por televisión. Si he visto así todas tus últimas peleas... Disculpame, Zurdo, capaz que más adelante la convenzo y hasta te acompañamos a los Estados Unidos, pero esta vez no, no me insistas, me hacés sentir mal.

Va a comenzar el primer combate de la noche. Con el aparato de televisión encendido, empiezan a desnudarse. Inician los preparativos junto con los boxeadores, al unísono, dos ceremoniales superpuestos. Mientras los púgiles son despojados de sus batas por sus segundos y se dirigen al centro del *ring*, ellos, en perfecta sincronía, se sacan mutuamente, con destreza y lentitud premeditada, las ropas que les estorban. La pantalla muestra en espejo a los protagonistas, luminosos, nítidos, brillantes. Se acarician, su avidez va en aumento, sus manos hurgan voraces en sus cuerpos, sus ojos los recorren, codiciosos, buscando los sitios, los puntos, tantas veces visitados pero a los que no se cansan de retornar. La imagen en el televisor los atrae, los desvía, los atrapa, pero luego regresan a su puerto, a sus puertas,

a los lugares de anclaje y de acceso, a ese mar embravecido, exaltado por los golpes y por la voz enardecida del relator, se adentran en él, se excitan sus cuerpos, se contraen, convulsos, golpean a su vez como olas encrespadas rompiendo contra el paredón del muelle, se aquietan cuando los boxeadores se abrazan para darse un respiro, ganando tiempo para su recuperación.

—Los dos contendientes están agotados, entran en *clinch*. ¡Qué pelea nos han brindado! Ojalá sea un buen augurio de lo que acontecerá en el combate de fondo. Está por finalizar el último asalto. Se agarran con una mano y golpean con la otra. El árbitro interviene, los separa. El uruguayo lanza un potente *cross* de derecha a la mandíbula del argentino, golpea arriba, abajo, magnífica combinación de golpes que entusiasma a sus seguidores. Uno-dos del argentino sobre la cabeza de nuestro compatriota...

La enérgica voz del relator, ronca aunque recién está transmitiendo la primera pelea de la noche, resuena apagada, tenue, en sus pobres cabezas fatigadas y en sus músculos impedidos.

Uno de los hombres se quedó en la habitación, sentado frente a ellos. No parece querer vigilarlos, acción inútil de todos modos ya que no pueden moverse, sino solamente contemplarlos, observar como casualmente la grotesca escena que le ofrecen muy a su pesar los dos frustrados amantes, privados de su pretendido placer minuciosamente programado. De tanto en tanto, su cabeza se tuerce, mira el televisor sin mucho interés y vuelve, aburrido, a la pareja maniatada sobre la antigua cama de roble.

—Vení, Zurdo, ayudame, son muchos. No jodas, Zurdo, perdoname, te prometo que no te haré más bromas de ésas, te lo juro.

¡Cuánto te necesito ahora, Zurdo! Si supieras...

Los pensamientos se confunden, abigarrados. Los pensamientos de ahora, que procuran reflexionar sobre esta situación incomprensible, este absurdo inesperado e inoportuno, las reminiscencias de una infancia ya lejana, plena de tribulaciones, superada en la compañía incondicional del Zurdo, de su lealtad insobornable, los recuerdos de los últimos días. Las mordazas los obligan a tragarse las palabras recién engendradas que fracasan en su búsqueda de una salida imposible, abortan y mueren, bloqueadas en las cabezas que se cruzan, se

tocan, el lado derecho de una con el izquierdo de la otra, en tanto los cuerpos permanecen extendidos, su piel en estrecho contacto, punto por punto, el vientre del hombre con su apéndice aplastado e inmovilizado sobre el vientre plano e insondable de la mujer.

—Escuchame, Mary, ¿querés?, no seas tonta, creeme, pelea el Zurdo, es como un hermano, vos lo sabés. ¿Cómo no voy a ir? No puedo hacerle eso. ¿Querés escucharme?, para él es importante que yo vaya. Yo, su hermano. Y con lo que se juega esta noche... Además, me mandó la entrada... No, vos no podés ir... Bueno, poder, podés, pero no es bueno para vos, para las mujeres, mujeres van sí, pero es un espectáculo para hombres, para vos no es, no es para mujeres o, por lo menos, para alguien tan sensible como vos. ¿Qué querés ver?, ¿los golpes, la sangre?, ¿querés oír los gritos?, ¿sabés lo mal que te pone todo eso?... Pero yo, ¡cómo no voy a ir yo!, yo aguanto, y es por el Zurdo, vos lo sabés, creeme, si vos no querés que vaya más, después de esta noche no voy más, pero hoy sí, no puedo faltar... No me voy a otro lado, todas las noches que hay peleas me decís lo mismo, basta, che, vos sabés que te quiero, sólo quiero estar contigo, pero el Zurdo es como un hermano.

No había olvidado ningún detalle, repitiendo sin omisiones ni descuidos involuntarios el mismo impostergable ritual, que anuncia puntual y fatalmente todas las veladas boxísticas, pelee o no el Zurdo, presagiando el goce próximo y urgente, aplazado hasta entonces.

—¿Vos te acordás, Zurdo, te acordás?, ¿te acordás de la piba? Era linda la chiquilina, Malena creo, creo que se llamaba Malena, ¿te acordás del nombre?, era linda Malena, como ninguna, si hasta parece letra de tango. Estoy para los recuerdos hoy, no me des pelota... Pero sí, ¿por qué no recordar? Nos peleamos por ella, por Malena. Era un día de otoño, me acuerdo muy bien porque ese día cumplía años el Rusito, cinco de abril creo, ¿te acordás del Rusito?, ¿qué habrá sido de su vida? Pobre Rusito, nos quiso separar y casi se la liga él. Era un día de otoño, lindo, de los otoños de antes, sin viento, templadito, con sol. Pasó en la bicicleta que todos le envidiábamos, nadie más que ella tenía bicicleta en el barrio, se la regalaron sus viejos el día del cumpleaños, algo de guita tenía el viejo, no me acuerdo bien qué hacía, en qué trabajaba. Vos estabas en la esquina y yo ahí nomás, cerquita, peloteando en el pasto, el Ruso nos

miraba desde la puerta de su casa, si me acordaré, Zurdo, la pelota la había ganado en una rifa. Casi ni te conocía, si eras nuevo en el barrio..., ni tu nombre sabía todavía. Cuando dobló la esquina, te acercaste y le preguntaste, así nomás, a boca de jarro, ¿a quién querés?, ¿a mí o a éste? Me acuerdo que yo te miré confundido y ella siguió pedaleando, sin responder, dio otra vuelta por los canteros y después de pasar nuevamente frente a nosotros, cuando ya se alejaba, pero unos metros apenas, volvió un poco la cabeza hacia tu lado, lo suficiente para verte, y dijo, lo recuerdo clarito, Zurdo, dijo avergonzada, las chiquilinas de antes no te decían las cosas con desparpajo, dijo, ¿a vos o a mí? Sé muy bien por qué he de querer al Zurdo. Ahí, en ese momento tan jodido para mí, me enteré cómo te llamabas, bah, cómo te decían. Sé muy bien por qué, como si tuviera motivos, si recién te conocía, te prefirió a vos, Zurdo, y yo no me lo pude bancar. Yo sí que sé muy bien, y lo sabía muy bien entonces, por qué te agarré a trompadas ahí mismo. A mí sí me conocía hacia mucho, si ya casi la tenía conquistada, motivos para eso tenía y de sobra, pero vos tenías lomo, loco, pinta, si apenas te veían las mujeres estaban locas por vos... Éramos unos pendejos, pero cómo duelen esas cosas a esa edad. ¡Yo qué sé!, será el orgullo, Zurdo, por la piba no era, si lo pienso ahora, por la piba no era, no valía tanto... Sí, ya sé que dije que era linda como ninguna pero no valía tanto. Pobre Ruso, vino como bala, se puso en el medio de los dos, y tuvimos que sacarlo para seguir dándonos la biaba. Eso sí, que nadie interviniera, el asunto era entre vos y yo. Me ganaste, Zurdo, me ganaste la piba y la sacaste gratis, sin rifa, se rifó ella sola la boluda, pero ese día por lo menos te fracturé un brazo, gratis en realidad no te salió, fue un golpe de suerte nada más, caíste mal y tu brazo se torció al errar el apoyo, pero por lo menos gratis no te salió. Después me disculpé con vos y te iba a visitar todos los días. No porque te tuviera miedo, miedo no te tenía, me hubiera fajado de nuevo contigo, pero qué culpa que sentía. Por el brazo, Zurdo. Pero soldó bien, ni se notaba después. Pero igual, por suerte fue el derecho. Desde ese día siempre juntos. Ni las barras bravas se atrevían con nosotros.

Ningún detalle descuidado. Primero, convencer a Mary de que va a ver al Zurdo, sin que por ello quede resentida, intentando disipar su desconfianza. Luego, en la noche, dirigirse cautelosamente, midiendo cada paso, hacia la habitación prometedoramente renovados placeres, donde en cada jornada boxística la mujer lo espera impaciente y

anhelante, cerciorándose de no ser observado.

—Sonó la campana. Segundos afuera...

¡Cuántas veces, en noches circunscritas vividas presurosamente entre campana y campana, al mismo tiempo que los boxeadores, al comenzar un nuevo *round*, se estudian, bailotean, se agazapan, aguardando el momento propicio para conectar algún golpe decisivo, los cuerpos rendidos e insatisfechos, tendidos sobre el desorden de la cama, vagamente revelados por la luz exigua y distante del televisor, han reiniciado ardorosos movimientos en su busca insistente y renovada de una saciedad imposible, eternamente inalcanzable, luchadores encarnizados que se espejan en la pantalla sonora! Y después, tras recoger la ropa esparcida en el piso, la premura en vestirse, en alisar las sábanas, en restituir la apariencia previa al goce vertiginoso siempre cercenado.

Cuando llegó, abrió con sus propias llaves la puerta del lujoso edificio de apartamentos. A nadie vio en su interior. No utilizó los ascensores para evitar algún eventual encuentro comprometedor. Subió rápidamente por la escalera, tratando de no hacer ningún ruido que pudiera llamar la atención.

—Segundos afuera, va a comenzar el cuarto asalto de un combate pactado a diez. Hasta ahora esta pelea no ha justificado las expectativas que había despertado en los aficionados al deporte de los puños. La guardia zurda del uruguayo no ha complicado mayormente a su rival, quien no ha tenido grandes dificultades para mantenerlo alejado pero tampoco ha hecho merecimientos suficientes para ganar este *match*. El argentino tira su derecha recta buscando la cabeza del uruguayo, éste responde con un *jab*de izquierda que llega débil a su destino, el porteño retrocede un paso para dejar a su oponente fuera de distancia... El Zurdo insiste con un aluvión de golpes pero son imprecisos y faltos de potencia, está totalmente desconocido, no ha podido cumplir la promesa de noquear a Godoy en los dos primeros *rounds*, éste ha evitado que conectara su temible *uppercut*, contundente y tantas veces definitivo, y ya se empieza a notar

su cansancio pese a que aparentemente se presentó en una condición física elogiada. Su contrincante, en cambio, asimilando los golpes recibidos y esquivando otros, ha ido creciendo y ganando confianza a medida que se han ido sucediendo los asaltos. Ahora lo sorprende con un tremendo gancho de derecha en la mandíbula, el Zurdo tenía la guardia baja, trastabilla, le cuesta recuperarse, se apoya contra las cuerdas, agarra a Godoy, refugiándose entre sus brazos. Mira constantemente hacia los dos asientos va-



"Crepúsculo I". Dr. Oscar Quiñones
(Mención Fotografía-Premio SMU)

cíos en la primera fila del *ringside*, seguramente preocupado por la ausencia de alguien que se ha demorado por motivos imprevistos. Parecería que esta es la razón por la cual no puede concentrarse en la pelea.

La voz impersonal del relator se difunde desde el micrófono, desprovista de emoción, contagiada de la apatía y la indolencia de los púgiles. Exageradamente calculada, sin embargo, en sus matices e inflexiones porque una negligencia suya en uno u otro de estos aspectos podría desalentar a los oyen-

tes, cuyo ánimo no es el más adecuado para seguir escuchando por radio u observando por medio del televisor una contienda anodina y carente de interés. Impedida de alcanzar el dormitorio donde los integrantes de la pareja, ahora solos, abandonados a sus estériles esfuerzos por liberarse, se desesperan por no poder enterarse de lo que está ocurriendo en el *ring*. No saben que ya está peleando el Zurdo—tan incapaz de deshacerse de su antagonista como ellos de las cuerdas que los mantienen unidos— ni que el espectáculo está por terminar ni por cuánto tiempo más se van a prolongar su aislamiento y su padecimiento, sujetos por esas insólitas e inexplicables ataduras.

¿Cómo mierda entraron? ¿Ya estarían cuando yo llegué? Pero ella se habría dado cuenta. Tal vez me olvidé de cerrar la puerta con llave, descuido imperdonable, no puedo ser tan pelotudo, entonces aprovecharon para entrar sigilosamente. ¿Pero dónde estaban escondidos?, cuando entré al edificio no los vi, estos tipos ya tenían estudiados mis pasos, me tenían calado, sabían que iba a subir por la escalera y posiblemente se metieron en el ascensor. Pero es imposible que me haya olvidado. Aunque me consuma las neuronas, ahora no voy a saber cómo mierda entraron. ¿Qué vinieron a hacer? Robar, no deben de haber robado mucho, uno no se movió de acá, el otro anduvo dando vueltas no sé ni para qué, desde acá no se ve nada, no sé si se llevaron algo, el televisor sigue en el cuarto. Sigue en el cuarto y no nos sirve de nada porque lo dejaron sin voz y encima nos ataron en una posición que no nos permite ver un carajo. Y pensar que los golpes nos excitaban y ahora nos quedamos sin los golpes y sin relación sexual, y con su cuerpo acá abajo me excito igual y no puedo hacer nada, y me

excita el miedo porque no sé cómo va a terminar esta historia, me excita la angustia, nunca lo hubiera creído, y es difícil estar así y no poder hacer nada. Y no podemos gritar, no me puedo sacar esta mordaza de mierda, nadie se va a enterar, y cuanto más trato de librarme de estas cuerdas parece que se ajustaran más y, si me sigo moviendo, más me excito y es peor. Y ella, ¿qué estará pensando?, ¿lo mismo que yo? Ni siquiera puedo verle la cara. No se mueve, ¿se habrá resignado?, no, es imposible resignarse. Y ni sabemos si el Zurdo ya está peleando o todavía falta alguna pelea preliminar. ¡Qué hijos de puta dejarnos sin el televisor! Ni nos enteraremos

cuando termine. Igual da lo mismo, ¿para qué enterarnos si no me puedo mover de acá? Da lo mismo, hoy da lo mismo. ¿Qué explicación le voy a inventar a Mary si ya hoy casi no me creyó? ¿Por qué mierda me habré metido con esta mina? La verdad que está buena y vale la pena pero ¿cómo voy a salir de este lío? ¡Qué hijos de puta estos tipos, qué hijos de puta!

—Sonó la campana. Acaba de finalizar en este mismo instante un enfrentamiento que no pasará a la historia. Ninguno de los dos contrincantes ha hecho méritos para ganar y los jurados sin duda decretarán empate. El Zurdo perdió hoy su chance de viajar a los Estados Unidos para medirse con uno de los cinco primeros del ranking norteamericano de los semipesados y la posibilidad de proseguir su carrera en la meca mundial del boxeo. Únicamente en dos ocasiones los adversarios pusieron de pie a los espectadores, una en el sexto asalto cuando el Zurdo, al descuidar su guardia, fue alcanzado por un *cross* de derecha de Godoy que lo arrojó sobre la lona y la otra en el octavo *round* cuando, luego de un violento intercambio de golpes en el centro del *ring*, el uruguayo logró meter un certero gancho de izquierda, mortificando al argentino que debió visitar el tapiz durante algunos segundos, recibiendo los púgiles en ambas oportunidades la cuenta de pro-

tección. Atención, los jurados ya están entregando las tarjetas con el veredicto... Decisión unánime, ¡el argentino al centro del *ring*! Perdió el Zurdo. Le están levantando el brazo a Godoy. Esto es inconcebible. Ninguno de los dos ha hecho merecimientos para ganar. Para nosotros, como ya lo anticipáramos, un empate hubiera estado más acorde con el proceso de la pelea, hubiera sido más justo.

La voz inmotivada del relator persiste tenaz en su impostura.

Pero nunca te lo perdoné, Zurdo. ¿Vos creíste que te había perdonado? O a éste... Vamos, Zurdo, nunca fuiste zozco, si no tenés ni un pelo de bobo, vos tampoco sabías mi nombre pero ya te habías dado cuenta de que en algo andábamos ella y yo, pero no te importó, no te importó un carajo, qué te va a importar, si llegaste al barrio de ganador... Si supieras que a mí sí me importó, cómo no lo vas a saber, claro que lo sabés. Lo que no sabés es cuánto te odié por eso. No por la piba, ya te dije, no por la piba, después se mudó de barrio y nunca más la ví, ¿vos la seguiste viendo?, no creo, me hubiera enterado, éramos inseparables. No por la piba, me olvidé de ella. Por mí, es por mi orgullo sí, porque no puedo tolerar perder, nunca lo toleré, no soy buen perdedor. Pero no quería demostrártelo, ¿para qué?, ¿para hacer todavía más humillante mi derrota? Por eso tuve

que seguir jugando a la amistad inquebrantable. Ves que yo tampoco tengo un pelo de tonto, Zurdo... Me estoy confesando contigo... Y vos tampoco, nunca fuiste un buen perdedor, nunca toleraste que te rompiera el brazo. Por eso te hiciste boxeador. Tenías que ser mejor que yo, ser el mejor, el campeón. Lo lograste. Vos lo lograste. Además, ganarme a Malena, ¿no fue bastante?, ¿no te alcanzó con afanármela?, ¿por qué tenías que querer joderme más, para qué? Claro que no te la llevaste de arriba pero sabés, de sobra sabés, que lo de tu brazo fue casualidad, tuviste mala pata. Y hoy, ¡cómo te necesité hoy!, ¡cómo te necesito!, ahora, Zurdo, ahora. ¿Ves que vos tampoco estás? Ya sé que no podés, ¡cómo vas a estar si estás peleando!, pero no te llenes más la boca con que nunca me fallaste, ahora tendrías que estar, ahora. ¿Cómo mierda voy a salir de aquí si no?, decime, Zurdo, ¿cómo mierda?

Cuando su mano izquierda hizo girar la llave en la cerradura de la puerta, pensó, por centésima vez en la noche pensó, exclamó casi, abatido y decepcionado, vencido más por el desengaño que por su rival, me fallaste, Juancito, me fallaste, cómo me fallaste esta noche. En ese momento lo sobresaltó el estrépito provocado por la pareja al desplomarse sobre el parqué encerado del dormitorio en un último, desesperanzado, inútil esfuerzo por soltarse. ❖



"Libertad". Dr. José Caamaño Esperante
(Mención Fotografía-Premio SMU)